

DOMINGO VI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías, 17, 5-8): *Bendito quien confía en el Señor.*

Salmo (1, 1-4,6): *«Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios, 15, 12.16-20): *Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia.*

Evangelio (Lucas 6, 17.20-26): *Alegraos y saltad de gozo.*

Hay personas que cuando llegan a una reunión atraen hacia sí las miradas de todos, son recibidas y saludadas con agrado y deferencia, hacen girar las cabezas de los circunstantes, suscitan comentarios aprobatorios en voz baja y no parecen nunca sentirse fuera de lugar. Son famosos por su posición económica, por su belleza, por su influencia social o política, por sus logros deportivos o artísticos, por sus conocimientos o por su status... Y pensamos: *“¡Qué felices han de ser esas personas!”*.

Otras parecen tener siempre la sonrisa en los labios. No hace falta mucho para que suelten la carcajada. Parece que todo les va bien, que nunca hay ni un asomo de tristeza, que el mal no les roza en ninguna de sus formas. Y cuando acaso la desgracia se ceba en alguien de su entorno, saben mirar pronto a otro lado, para que la risa no se congele en sus labios... Y pensamos: *“¡Qué alegre transcurre su vida!”*.

Hay quienes parecen estar en permanente festín. No hay celebración o banquete en el que no participen. Los vemos en todas las reuniones sociales y frecuentan restaurantes especiales, deleitándose con platillos poco ordinarios. Nunca faltan a sitios exclusivos para regalarse el paladar con comidas exóticas, y ni qué decir de las costosas bebidas con las que humedecen sus gargantas. No saben lo que es el hambre, y nunca lo sabrán, a no ser de manera temporal, cuando requieran una dieta inoportuna por razones de salud. Y pensamos: *“¡Qué bien lo pasan!”*.

Y que decir de aquellos que no carecen de nada. Los que nacieron ricos o se hicieron ricos. Los que no tienen que pensar en cuanto cuesta un producto, pues no tendrán ningún problema en adquirirlo, cueste lo que cueste. Los que no tienen problemas para obtener un crédito, porque nunca han tenido dificultad para pagar. Los que necesitan contratar a alguien que lleve la cuenta de sus inversiones y las haga más productivas, porque ellos mismos ya no saben cuánto poseen. Los que ya acumularon para sí, para sus hijos, nietos y, quizás, para varias generaciones más. Y pensamos: *“¡Qué felices han de vivir!”*.

Y de pronto escuchamos a Jesús, que nos dirige unas palabras muy diferentes, que no pueden menos que dejarnos extrañados. **¿Dichosos?** Los verdaderos dichosos no son ellos. Hay unos mucho más dichosos, pero no por la situación en la que viven, sino por Aquel que los respalda: *«Dichosos ustedes, los pobres...». «Dichosos ustedes, los que ahora tienen hambre...». «Dichosos ustedes, los que lloran ahora...». «Dichosos ustedes cuando los aborrezcan y los expulsen, los insulten y los maldigan...»*. Es obvio que la dicha no procede de la pobreza, ni del hambre, ni del llanto, ni del odio de sus adversarios. La dicha procede de Aquel que se pone de su lado en esas adversidades que tienen que enfrentar.

Las palabras de Jesús –las bienaventuranzas– resultan tan enigmáticas como impresionantes, tan desconcertantes como esperanzadoras, tan contradictorias como llenas de sentido. Depende de quién las lea: el incrédulo o el creyente, el satisfecho o el necesitado, el indolente o aquel que siente las injusticias que le rodean. Las bienaventuranzas evangélicas nos colocan en la cuerda floja, nos cuestionan, nos invitan a pensar.

Hoy, como siempre, la búsqueda de la felicidad es el afán de todo aquel que tiene la oportunidad de plantearse qué hacer con su propia vida. Vivimos en la época del bienestar, donde el hiperconsumo en el hipermercado ocupa los fines de semana, el fitness las tardes después del trabajo, y las vacaciones las pasamos en una casa rural en contacto con una naturaleza hecha a la medida del visitante, preferentemente con spa y curso de mindfulness. El afán de felicidad pasa por la autosatisfacción, y por una forma refinada de cultura y culto de lo individual.

Al otro lado de la esfera de cristal que envuelve este mundo de individuos satisfechos se encuentra su mundo al revés, donde la gente es pobre, tiene hambre, llora, y es excluida del progreso económico, social y cultural. Solo tenemos que abrir los ojos, como hacía Jesús, para ver un mundo invertido a *“como debería ser”*: allí donde la injusticia es el verdadero orden de la realidad.

Lo más impresionante, esperanzador y significativo de las bienaventuranzas es lo que contienen de enigma, desconcierto y contradicción: Jesús no está hablando de *“otro mundo”*, sino del nuestro: en el que para que unos sean ricos otros se están empobreciendo, unos se sacian a costa del hambre de otros, y aquellos ríen mientras lloran estos. ¿Cómo podemos afanarnos por ser felices a costa del olvido de la infelicidad ajena? Quien no siente la injusticia no puede comprender que las bienaventuranzas no sirven para consolar, sino para dar la vuelta al mundo.

La bienaventuranza evangélica no tiene que ver con una recompensa por haber sufrido estoicamente, sino con la confianza y el afán en pos de una felicidad común, compartida, no individualista, donde la vida buena y justa sea para todos la misma. Los bienaventurados, como profetas del presente, saben de la injusticia y también creen en la nueva vida prometida y hecha real con Jesús, cuya Resurrección rompió la última injusticia, la de la muerte, y así dio completamente la vuelta al mundo.